

con esto demostró el Señor, no solo, que con sus palabras se habia convertido el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, sino, que en cada partícula de pan estaba todo su cuerpo, y en cada gota de vino estaba toda su sangre, porque, de otra suerte, no hubiera sido verdad que todos ellos habian de comer todo su cuerpo y beber toda su sangre. Manifestó, por consiguiente, el poder que tenia para colocar su cuerpo en lugares distintos, quedando visible á los apóstoles en el lugar que ocupaba. Hizo ver, de un modo práctico, el milagro, no solo de la transustanciacion, sino de la multiplicacion de su cuerpo divino, que los Cafarnaitas no habian querido creer, aún cuando en la multiplicacion de los panes lo habian visto simbolizado.

2. Los herejes, al negar este misterio, afirman, que cuando Jesucristo dijo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, habló en un sentido misterioso, y quiso decir, que el pan y el vino no eran sino la figura y la memoria de su cuerpo y de su sangre, y no su cuerpo y su sangre en realidad. Pero esta blasfemia es tan ridícula y tan grosera como impía. Leed el Evangelio, y observareis, que cuantas veces Jesucristo alzó los ojos al cielo, dió gracias, y oró á su eterno Padre, ántes de proceder á algun acto, hizo siempre un milagro, y un milagro grande, como se vió en la multiplicacion de los panes y en la resurreccion de Lázaro; porque con estos singulares preludios daba á conocer Jesucristo, que habia recibido, aún considerado como hombre, todo poder de Dios, y por eso daba gracias al Padre, se mostraba su confidente, igual y verdadero Hijo de Dios, y anunciaba que iba á realizar una obra, que no podia hacer sino como Dios. Ahora bien; supuesto que hizo tambien estas augustas ceremonias de alzar los ojos al cielo y dar gracias á su eterno Padre, ántes de pronunciar las memorables palabras: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, claro está, que en esta ocasion, al hablar en estos términos, obró un gran milagro, para el cual se necesitó la omnipotencia de Dios. Y ¿cuál fué este milagro, sino el de dar una realidad divina á su divina palabra, y el encubrir verdaderamente su cuerpo y su sangre bajo los accidentes de aquel pan y de aquel vino, de los cuales dijo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*? Solo esta creencia nos muestra toda la grandeza de las palabras del Señor, concilia las promesas con los hechos, y pone el Evangelio de acuerdo consigo mismo. Mas, si al contrario, no hizo el Señor entónces más que dejar, como pretenden los herejes, el pan y el vino como simples figuras de su cuerpo y de su sangre (en lo cual nada habia de extraordinario ni de portentoso), fuera preciso confesar, que se burló de los apóstoles y de sus discípulos en la fé, al ejecutar previamente unas ceremonias tan graves y tan

importantes, para concretarse á recomendar un rito estéril, y al manifestar; que intentaba hacer un milagro, y terminando, luego, con una ceremonia insignificante é inútil, al obrar como Dios, para realizar un hecho, que está al alcance del hombre. Fuera de esto, Jesucristo substituyó (como lo confiesan los herejes) la celebracion de la Cena eucarística á la comida del cordero, que hasta entónces habian practicado los judíos; y esta Cena la estableció para perpétuo recuerdo de su pasion y de su muerte, pues dijo, segun se manifiesta en el Evangelio: Haced en memoria de mí esto que me veis hacer; y como dice S. Pablo: Con este misterio anunciareis vosotros el misterio de mi muerte, hasta que venga yo á juzgar al mundo. Pues bien; la Cena eucarística es una memoria perpétua, una renovacion constante de la pasion y muerte de Jesucristo, como quiera que en el pan consagrado está verdaderamente su cuerpo, en los accidentes que lo encubren está místicamente sacrificado y ofrecido; y en el vino consagrado está igualmente su sangre, que, místicamente tambien, se bebe, se reparte y se derrama para el perdon de los pecados. Ya se ve, pues, que si este pan y este vino no fuesen sino un pan y un vino bendecidos, no pudieran de modo alguno renovar, ni significar la pasion y muerte del Señor; ¿qué relacion ó analogía hay, ni puede haber, entre el pan y el vino, y el cuerpo y sangre de Jesucristo? ¿Cómo se explica, que el comer un poco de pan y beber un poco de vino pudiera ser una renovacion conmemorativa de su cuerpo immaculado, y de su sangre vertida por nuestra salvacion? El cordero, manso, pacífico y sufrido, que sacrificaban y comian los judíos, en figura de la futura inmolacion y de la muerte de Jesucristo, hubiera representado mucho mejor la mansedumbre, la paciencia y la paz con que el Redentor del mundo padeció y murió por nosotros. San Pablo, que por la revelacion recibió inmediatamente el Evangelio del mismo Jesucristo, despues de referir la institucion del sacramento eucarístico en los mismos términos que los evangelistas, añade: Conviene limpiar la conciencia de todos los pecados ántes de acercarse á comer el pan y beber el vino consagrado; y despues añade: El que coma este pan y beba este cáliz del Señor indignamente, *es reo de haber profanado el cuerpo y la sangre del Señor*. Este infeliz se come y se bebe un juicio terrible, porque se acerca á recibir el sacramento, como si no creyese que en él está realmente el cuerpo del Señor. Y bien; ¿podia ó debia S. Pablo valerse de unas expresiones tan terribles, contra los que hacen una comunión indigna? ¿Podia llamarlos *profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y reos del eterno juicio*, si la Eucaristía no fuese más sino una estéril memoria ó un signo del

cuerpo del Señor? Ved aquí como S. Pablo ha interpretado las palabras de Jesucristo en el sentido literal; S. Pablo ha manifestado creer, ha enseñado y ha predicado, que en el pan consagrado está verdaderamente el cuerpo, y en el vino consagrado, la sangre de Jesucristo; y que nosotros, cuando comulgamos, participamos realmente de este cuerpo y de esta sangre divina. Ahora bien; si en la Eucaristía estuviéese solo el *signo*, y no la realidad, del cuerpo del Señor, S. Pablo hubiera debido saberlo: ¿cómo, pues, estuvo de acuerdo con los evangelistas para ocultarnos tan importante secreto? ¿Cómo es, que ni él, ni ninguno de los evangelistas, se tomó el trabajo de decir una sola palabra para librarnos de un error, que, si lo fuese en realidad, sería muy grave? ¿Por qué ninguno de estos historiadores divinos empleó la palabra *signo*, en vez de la de cuerpo? La indole de su ministerio, ¿no debía haberles inspirado esta expresión, si estuviese conforme á la verdad? ¿Es posible que nos negasen una explicación, á la que teníamos derecho por nuestra humildad y nuestra confianza en sus palabras? Todos los Padres interpretaron en el sentido literal y real las palabras de Jesucristo: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre*. No hay uno siquiera, que las haya entendido de otro modo, en el sentido metafórico ó ideal como los herejes. Todos hablan en los términos más claros y explícitos de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y este dogma tan consolador lo atestiguan, lo explican y lo defienden unánimes con ferviente celo.

Pero Dios dispuso, que á ese testimonio de los escritos se uniese el de los hechos. Es indudable, porque está probado por innumerables testimonios, sin que los mismos herejes se atrevan á negarlo, que en los tiempos de persecución se daba á los primitivos cristianos la Eucaristía, para que la tuviesen en su casa, y la llevasen consigo, para recibirla en los críticos momentos en que debían confesar á Jesucristo en presencia de los tiranos y dar la vida por él; en este alimento divino reconocían los cristianos el origen de su valor, de su fortaleza y de su alegría, en medio de crueles tormentos y en el terrible trance de la muerte; este prodigio constituía la admiración y la desesperación de los gentiles. Pues bien; ¿no se necesita carecer de sentido común para pensar y decir, que la Iglesia no creía entonces dar á los mártires, ni los mártires creían recibir en la Eucaristía, más que un pan bendito, un *signo* estéril del cuerpo del Señor? Hé aquí, pues, como en los siglos de los mártires creyeron los mártires en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No es ménos cierto, que en los primeros siglos del cristianismo tenían prohibida los catecúmenos, no solo la comunión, sino aún el mero conocimiento

del dogma eucarístico; por esta razón no se hablaba de él en su presencia, se le consideraba como un misterio que debía estar oculto, y no se les explicaba ó enseñaba hasta después de haber recibido el bautismo. Y bien, ¿á qué venía este celo y este sigilo por parte de los pastores de la Iglesia, si creían que la Eucaristía no era más que un *signo*, una *figura* muerta, un *estéril rito* conmemorativo de la pasión y muerte de Jesucristo?

¡Oh infeliz hereje! Medita seriamente todo esto. Piensa en el juicio que te espera, en el castigo que se te dispone, en la confusión, en el dolor eterno que te aguarda; y mientras tienes todavía tiempo, recobra la fé antigua, la fé de la Iglesia única, de la Iglesia verdadera, fuera de la cual, así como no se encuentra la verdad, tampoco se encuentra la gracia santificante, ni se consigue la salvación. ¡ Dichosos aquellos que creen con humildad de espíritu, con alegría de corazón y con un fervoroso afecto todas las verdades que la verdadera Iglesia les propone, y las cumplen con las obras! Su salvación eterna es segura, porque por medio de esta fé del entendimiento y del corazón á la palabra divina, enseñada por la Iglesia, se ha dignado la Sabiduría divina guiar al hombre en el tiempo, y salvarlo en la eternidad. Así sea.

EUCARISTÍA.

(SACRAMENTO.)

III.

Accepit Jesus panem, et benedicens fregit... et ait: Sumite, hoc est corpus meum.

Tomó Jesús pan, y bendiciéndole le partió, y les dijo: Tomad, este es mi cuerpo.

(MARC. XIV, 22.)

Solo al Hacedor supremo le es dado valerse de elementos mezquinos para realizar grandes cosas. En el orden de la naturaleza, cuando no había más que la nada, echó mano á la nada, y de un elemento tan pobre y tan estéril sacó la magnífica obra del mundo. En el ór-

den de la gracia, sus sacramentos, dotados de eficacia y de virtud, no exigen más que una señal exterior ó sensible, y algunas palabras para obrar por sí mismos los efectos más admirables. Un poco de agua, derramada sobre la cabeza, haciendo al propio tiempo la invocación de las tres divinas personas, abre las puertas del cielo al niño regenerado. La aplicación del óleo santo, acompañada de las oraciones, dá fuerzas al agonizante en su postrera lucha, y marca todos sus sentidos con el sello de la incorruptibilidad celestial, de la que es un emblema admirable. Pero en el sacramento de la Eucaristía me atrevo á decir, que el Hacedor supremo se excede á sí propio. ¡Qué sencillez digna de oración eterna! Pan y vino son la materia de este augusto sacramento; pero, en cambio, no puede darse en la forma, en las palabras mayor sublimidad, mayor elocuencia, mayor eficacia. Estas palabras bastan para realizar el más imponente y consolador de los misterios, la obra maestra del poder y del amor. Este sacramento, que es, á un tiempo, un sacrificio, dá gloria á Dios en las supremas alturas, y dá paz y gracia en la tierra á los hombres de buena voluntad. Por medio del sacrificio, el hombre se eleva hácia Dios, para pagarle su tributo de sumisión y dependencia, de expiación, de preces y de acción de gracias. Por medio del sacramento, Dios desciende hasta los hombres, para comunicarles la verdad, la virtud y la vida. Amalgama admirable de oscuridad y de luz, confunde al espíritu altivo, y se deja sentir en el corazón humilde y dócil. Por medio de las venerables tinieblas que le rodean, impone el homenaje de nuestra fé. Por los testimonios de ternura que Dios nos dá en él, se hace acreedor al homenaje de nuestro reconocimiento y de nuestro amor. De esta suerte, este misterioso compendio de nuestra religión nos induce á creer y amar; y ved aquí, hermanos, los dos sentidos bajo los cuales voy á presentar á vuestra consideración el sacramento de la Eucaristía. La Eucaristía es un misterio de fé, como lo titula la Iglesia, *mysterium fidei*, pero de una fé prudente y razonable, según las palabras del Apóstol: *Rationabile obsequium vestrum*. La simple exposición de la doctrina católica bastará, en este punto, para justificar y confirmar vuestra creencia. La Eucaristía es un misterio de amor, pero de un amor tierno y generoso sin comparación, de un amor como el que Dios no lo ha manifestado jamás á los hombres. A. M.

1. Antes de empezar, debo, hermanos míos, hacer una observación importante, y es la de que supongo ya, que creéis en el augusto sacramento de la Eucaristía, tal como lo enseña la Iglesia. Si se tra-

tase de convencer á un incrédulo, sería preciso partir de otro principio, y seguir una marcha distinta de la que me he propuesto. Empezaría entonces por probar la divinidad de Jesucristo; y una vez establecida una verdad tan capital, todas las partes del edificio se dispondrían por sí propias, como las consecuencias se desprenden de los principios sin el menor esfuerzo.

La belleza de un cuadro se aprecia mucho mejor examinando el acuerdo de los detalles con el conjunto, que atendiendo aisladamente á los distintos rasgos, los cuales pierden por precisión parte de su mérito y de su valor, desde que se los considera separados del cuerpo y del plano general de la obra. De igual modo, si se quiere entender el misterio de la Eucaristía, no se le debe considerar aisladamente; es preciso remontarse más allá de su institución, y considerarlo por la analogía de la fé, en el conjunto y en la economía de la religión. El gran designio del Criador al formar el hombre á su imagen, fué el de unirsele en íntima alianza. Al principio, Dios y Adán conversaban familiarmente en el jardín de las delicias; pero este feliz estado duró poco: el pecado desconcertó este feliz acuerdo. Dios volvió á recobrar su silencio eterno, y el hombre se quedó solo con el crimen y el infortunio. Sin embargo, en los consejos de la sabiduría divina se había dispuesto, que el hombre sería restablecido en sus fines y en sus privilegios, de los cuales el más bello consiste en comunicarse con el Criador. El primer esfuerzo del amor divino, para acercarse á nosotros, fué el establecimiento de los sacrificios; pero se requería una expiación mayor que el derramamiento de sangre de bueyes y carneros, para desarmar á la divinidad ultrajada, y regenerar á la humanidad culpable. Dios se fijó, pues, en el designio de rescatar el linaje humano, y satisfacerse á sí propio en la persona de su Hijo. Pero el Hijo no puede merecer ni sufrir en una naturaleza perfecta y completamente feliz; hubo, por lo tanto, de escoger otra naturaleza, en la que pudiese ofrecer su doloroso sacrificio; de esta suerte se efectuó la unión apetecida entre Dios y el hombre.

El Verbo divino, dice el Apóstol, no se unió á los ángeles; *non angelos apprehendit*: salvó todos los órdenes de la jerarquía celestial, y fué en busca de la naturaleza humana. El orden primitivo quedó restablecido, Dios reapareció en una forma visible sobre la tierra, y conversó nuevamente con los hombres.

Pero este orden es preciso conservarlo, ampliarlo y convertirlo en perpétuo; y en seto no puede ménos de sorprenderse el espíritu humano, al reconocer la admirable unidad de designio que se descubre en todos nuestros misterios, al comprender la sublimidad y la exac-

itud de la sentencia de los Santos Padres, á saber, que la Sagrada Escritura es la ampliacion y el complemento de la Encarnacion del Verbo. Desenvolvamos esta importante verdad. En el misterio de la Encarnacion, el Hijo de Dios se unió á la naturaleza humana, pero sin comunicarse á nuestras personas; era nuestro hermano, por el mero hecho de haber entrado á formar parte de la gran familia del linaje humano, pero no se habia unido directamente á cada uno de nosotros. Pues bien, para no dejar cosa alguna imperfecta en la ley de gracia, que tiende á procurar el perfeccionamiento en todo, convenia, que despues de haber empezado á unirse á nosotros, tomando la naturaleza comun á todos los hombres, consumase esta union, dando á cada uno lo que tomó por el amor de todos, á fin de que esta nueva union, más inmediata y más íntima, hiciese más perceptible y fijase más en nuestra memoria el beneficio de la primera. Convenia, que los misterios realizados, primero, en un solo lugar, se reprodujesen, aunque con distinta forma, en todos los lugares del mundo, por una nueva Encarnacion y Redencion, y que se hiciese extensivo á todos los siglos, para consuelo de sus elegidos, el beneficio que, durante su vida mortal, no pudo Jesucristo otorgar sino á un corto número de sus afortunados discípulos.

Fuera de esto, nuestro divino Legislador, al fundar su religion, hubo de establecer un sacrificio, condicion indispensable de todas las religiones. Pues bien; ¿qué sacrificio pudo dejar á su Iglesia? Los antiguos estaban abolidos, y habian dejado de serle aceptos y agradables, desde que la verdad del sacrificio de la cruz habia borrado las sombras y las figuras: este sacrificio, cualquiera que fuese, no podia ser distinto del sacrificio de la cruz; despues de haberse inmolado una víctima tan digna, ¿qué otra hubiera podido ser agradable al Señor? Pero el sacrificio sangriento de la cruz, como dice el Apóstol, no podia ofrecerse sino una vez, atendida la plenitud de la Redencion: era preciso, por lo tanto, encontrar un medio de renovar lo, sin derramamiento de sangre, para aplicar sus frutos en la sucesiva série de los siglos.

Y por último, para el absoluto cumplimiento ó realizacion de las figuras, este mismo cuerpo debia servirnos de alimento, como en los sacrificios antiguos los sacerdotes y los fieles comian la carne de las víctimas inmoladas. Mas, porque el espectáculo de la sangre no hiciera repugnante ese manjar augusto, convenia tambien, que el Hijo de Dios se encubriese bajo el velo de símbolos pacíficos, que fuesen, al propio tiempo, un signo natural y expresivo del celestial alimento de que habian de nutrirse nuestras almas. Cogió, pues, el pan y el vi-

no, que son las dos principales sustancias alimenticias del hombre, y levantando los ojos á Dios, bendijo el pan, lo cortó en pedazos, y lo repartió á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*. Y al presentarles luego la copa con vino, les dijo: *Bebed, esta es mi sangre*. Y desde entónces, estas eficaces y poderosas palabras, que realizan todo lo que expresan, convierten las sustancias del pan y del vino en cuerpo y sangre del Hombre Dios. En virtud de estas palabras, el pan deja de ser pan, es carne; el vino deja de ser vino, es sangre.

Pero, no es esto todo. Jesucristo confirió á los hombres el poder de reproducir estas maravillas. Jesucristo, sacerdote y pontífice eterno, instituyó un nuevo sacerdocio, le dejó su palabra, y le dijo, en la persona de sus apóstoles: *Haced esto mismo en mi memoria*; mas tambien redujo el beneficio á un tiempo limitado, puesto que añadió: *Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*, no solo por mi gracia, por mi espíritu, sino tambien por mi presencia real, aunque invisible. El don que hago de mi cuerpo y de mi sangre, no queda circunscrito á una familia, á una tribu, á una sociedad privilegiada, sino que es extensivo á todos los que creerán en mí; es decir, que junto con el sacramento, tenemos el sacrificio. El cuerpo y la sangre de Jesucristo, siempre unidos, pero misteriosamente separados, bajo distintos signos, le colocan en estado de muerte ante la Majestad divina, cuya cólera desarmen, y cuya bondad interesan. Hé aquí la relacion íntima de nuestros misterios, Dios se une al hombre, desde el principio de los tiempos. Esta union, que se desconcertó una vez, se renovó al tomar Jesucristo nuestra naturaleza; la confirmó en la cruz, y la perpetúa en nuestros altares. Tal es la Eucaristía, misterio de fé, pero misterio tan íntimamente unido á los demás, tan perfectamente conforme con las bondades divinas, y aún me atreveré á decir, tan necesario, que la religion me parece más incomprendible sin la Eucaristía, de lo que la Eucaristía es incomprendible en sí.

A la verdad, esa luz viva queda envuelta entre sombras impenetrables. Pronuncia el sacerdote las palabras de la consagracion, y al punto se realizan muchos milagros. Pronuncia dichas palabras, y al punto desaparece toda la sustancia del pan y del vino, pero queda Jesucristo con su cuerpo y con su sangre. Pronuncia dichas palabras, y por una division superior al orden natural, las apariencias se apartan de su sustancia; y á pesar de esta separacion, se conservan, sin embargo, dejando asombrados nuestros sentidos. Pronuncia dichas palabras, y este mismo cuerpo, velado por las especies sacramentales, subsiste en ellas como subsisten los espíritus, es decir, todo entero

en toda la hostia, y en cada una de sus partes. Pronuncia dichas palabras, y el Hijo de Dios, sin dejar su celestial morada, está, á la vez, presente en la tierra y en muchísimos lugares. Pronuncia dichas palabras, y el Altísimo, deponiendo su cetro y su severidad, como un monarca desarmado y desprovisto de los atributos de su poder, se entrega á la discrecion del hombre como su súbdito y cautivo, le obedece sin resistencia, y aún sobrelleva las injurias sin quejarse.

¡Qué maravilla! Ahí está, en el altar, ese mismo cuerpo, entregado al sacrificio por nosotros; esa misma sangre, derramada por nosotros. Esto es admirable para vosotros, hermanos míos, pero no para Jesucristo, acostumbrado á obrar maravillas, sin más auxilio que su palabra. ¿No puede acaso Dios volver á la nada lo que ha creado, ó, por ventura, le es más difícil cambiar lo que ya existe, ó crear lo que no tiene existencia? Su palabra trocó el agua en vino; en el sacramento de la Eucaristía convierte el vino en sangre. Me direis que esto os sorprende y os admira; pero ¿acaso comprendéis mejor como la sávia, que circula por las plantas, alimentada por los jugos nutritivos de la tierra, produce flores y frutos? ¿comprendéis mejor como el alimento que toma el hombre, se convierte en su carne y en su sangre? Pero el hecho es, que en la sagrada hostia vemos las mismas formas, los mismos accidentes, y á juzgar por lo que nos manifiestan los sentidos, no hay en la misma sino pan y vino. No; la palabra divina es un fuego que lo ha consumido todo; las apariencias subsisten, separadas de su sustancia, como el espejo reproduce una imágen, que carece absolutamente de realidad. Nuestros sentidos solo juzgan por lo exterior, y no deciden nada sobre la sustancia, porque las palabras de la consagracion nos advierten, que desconfiemos de su juicio. Los ángeles se han aparecido á los hombres bajo una forma humana; el Espíritu Santo se ha dejado ver bajo la figura de una paloma; Dios quiere que el cuerpo de su Hijo se nos presente bajo la figura de pan, porque se necesita un signo, que nos indique donde debemos adorarle y recibirle.

Dirán algunos, tal vez, que no ven nada nuevo sobre el altar: pero ¿ignorais, acaso, que la palabra sabe quitar á los sentidos todo lo que quiere para ejercer la fé? Jesús se ha hecho invisible á los hombres; ha pasado en medio de ellos sin ser apercebido; los discípulos de Emmaus no le reconocieron hasta que él mismo se les dió á conocer; mas ¿por ventura, deja de subsistir de igual modo, porque esté oculto detrás de una nube? Me direis, tal vez, que esto es muy posible, pero que un cuerpo humano no coge en una extension tan reducida. No coge, es verdad, un cuerpo humano, tal como nosotros le concebimos

en su estado y en sus condiciones naturales; pero un cuerpo en estado de sacramento, un cuerpo resucitado, glorificado, un cuerpo, en cierto modo, espiritual, angelizado, permitase la expresion, un cuerpo más sutil que los rayos de la luz; ¿quién lo duda, si la palabra lo quiere? La palabra es una espada que penetra hasta lo más oculto, y que, si es preciso, sabrá quitar á ese cuerpo sus propiedades más características, para no dejar sino la simple sustancia. Pero ¿cómo es posible, que un cuerpo se encuentre, á la vez, en tan distintos lugares? pues qué ¿pretenderiais calcular el poder de Dios, por lo que dá de sí vuestra inteligencia? Decid mejor, que no comprendéis este prodigio. Pero, ¿os atreveriais á afirmar, que este acto es imposible al Omnipotente? ¿teneis siquiera la idea de las propiedades naturales de ese cuerpo glorioso, y del modo admirable con que está presente en nuestros altares? Pero ¿acaso comprendéis mejor que estas maravillas, el modo con que el alma está presente en todas las partes del cuerpo; el modo con que Dios, espíritu puro, llena el universo con su inmensidad; el modo con que el sol ilumina, á la vez, todos los puntos de nuestro emisferio; el modo con que las palabras, que salen ahora de mi boca, se comparten entre mis oyentes, y, sin embargo, llegan enteras al oido de cada uno? Y si el hombre, combinando los efectos de la luz, logra producir la ilusion de multiplicar un mismo objeto, ¿creeis que Dios, no conoce el secreto de realizar esta ilusion brillante? Creo haber dicho lo suficiente para demostrar, que la Eucaristía no envuelve contradiccion alguna, ninguna imposibilidad real y suficiente, por lo tanto, para salvar los derechos de la razón y los de la fé. Enmudeced, pues, vosotros, hombres soberbios y racionalistas, que no quereis reconocer en Dios la facultad de hacer sino lo que está al alcance de vuestra comprension: como si la religion, por lo mismo que es el conjunto de las relaciones entre el Sér infinito y el sér limitado, no fuese esencialmente misteriosa. Y ¿creeis, por ventura, aún en medio de vuestros sistemas antireligiosos, libraros de los misterios, abjurando los de nuestra fé? ¡Oh! no es posible. Tambien vosotros teneis vuestros misterios, y no son, por cierto, los ménos incomprensibles: un mundo eterno, una obra realizada sin la direccion de un artífice, un acaso dotado de inteligencia, un órden sin providencia, una materia que piensa.

2. En vista de los irrecusables testimonios que Dios le daba de su presencia, Israel se preferia, en otro tiempo, á todos los pueblos del mundo. No, exclamaba Moisés, no hay nacion alguna debajo del cielo, que pueda comparárenos en gloria y felicidad, porque no hay ninguna otra á la cual Dios se comuniqué con tanto amor y familia-

ridad: *Nec est alia natio tam grandis quæ habeat deos appropinquantes sibi.* Este lenguaje, empero, nosotros podemos usarlo con noble orgullo. Dios no se nos manifiesta por el ministerio de sus ángeles, ó por una débil expresion de su gloria. El mismo Dios en persona, Dios en su propia sustancia, reside, en realidad, entre los hombres, y reside en nuestros templos con toda la plenitud de su divinidad. En la antigua ley, Dios imponía respeto por el temor: nadie se aproximaba al Arca sino temblando; y el que se atrevía á fijar en ella la vista, ó á poner una mano, era castigado con pena de muerte. Los pueblos, atemorizados, exclamaban: «Vaya Moisés á consultar al Señor en la montaña; nosotros nos quedaremos en la llanura, porque tememos ver á Dios y morir.» En la sagrada Eucaristía, empero, solo tiene cabida el amor: Dios se complace en hablarnos familiarmente por este medio; se nos hace accesible como un padre á sus hijos; oímos su voz que nos llama, diciendo: Venid á mí; acercaos con confianza, y encontrareis la vida. Los reyes tienen sus horas y sus momentos, que es preciso aprovechar con cuidado; un centinela vigilante aparta á la multitud importuna de las inmediaciones de sus palacios. Pero vos, Señor, no teneis horas prefijadas, ni momentos especialmente oportunos y favorables. A todas horas, de día y de noche, en el sacrificio de la mañana y en el de la tarde, estais dispuesto á recibir nuestras visitas.

Venite ad me; venid á mí; y sino podeis acercaros, si vuestra debilidad y vuestras enfermedades os retienen, irá Dios á visitaros, saldrá de su templo, recorrerá vuestras calles y plazas públicas, vuestras ciudades y campiñas, para llevar la paz á vuestras casas, la bendicion á vuestros campos, la salud á vuestros cuerpos, la gracia á vuestras almas, como recorría, en otro tiempo, las ciudades y los campos de la Judea.

Venite ad me omnes. Venid á mí, pero venid-todos, sin excepcion de personas. Otros, solo franquean sus puertas al favor, al crédito, á la proteccion, al talento, á la riqueza, á lo ilustre de la cuna; otros, así como tienen horas más propicias, así tambien reparten con parcialidad sus favores á ciertos hombres privilegiados y felices; pero Jesucristo no reconoce diferencia de sexo ni de condicion: Venid todos, dice, ancianos y niños, vírgenes y desposados, sacerdotes y fieles, magistrados y guerreros, pobres y ricos, grandes y pequeños, sábios y sencillos; venid, pueblos; venid, reyes; venid, justos; venid, pecadores; y ya que nos llama á todos, el que multiplicára los panes en el desierto, se multiplicará, así mismo, para que todos seamos accesibles á su persona. *Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis.*

Venid á mí, vosotros, que trabajais, y que gemís bajo el peso de humanos disgustos. ¡Ah! hermanos míos: ¿quién no tiene que llevar su carga y su cruz? ¿quién no ha de aportar su contingente al tesoro comun de miserias y enfermedades, que pesan sobre los hijos de Adán? Al llamar á los que padecen, llamais, Señor, casi á todo el género humano. Venid, pues, confiad al Señor todos vuestros quebrantos y disgustos, y os aliviará del peso que os oprime, y concederá á vuestro corazon lo que desea.

A los piés de Jesucristo nos sirven de consuelo y de alivio las lágrimas que vertimos, y despues de desahogarnos por medio del llanto, vuelve la paz á nuestro corazon. Pero venid ántes que los demás, vosotros, que gemís en la esclavitud del pecado; pues el pecado es tambien un trabajo, una carga pesada que nos fatiga y abrumba; venid, y el Salvador se dignará aliviaros. *Venite ad me omnes, et ego reficiam vos.* Nuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron: pero el cristiano come el pan de vida, y para él, la muerte se convierte en un nombre vano... ¡Admirable gradacion del amor que Dios profesa á los hombres! ¡Ved cómo avanza á pasos de gigante por esta senda! Nos dá el sér y la vida; nuestros cuerpos y nuestras almas son un presente de su mano. Pone á nuestros piés toda la tierra; pero esto es poco: se deja clavar por nosotros en una cruz, se deja ofrecer en los altares como víctima, á fin de que haya constantemente una grande expiacion, al lado de los grandes crímenes, para conjurar las grandes venganzas. Pero ¿es esto todo? No, porque quiere que comamos este cordero immaculado, este verdadero cordero pascual, del que el antiguo no era más que la figura. No le basta á su amor el vivir con nosotros en los santuarios construidos por mano del hombre; quiere que nuestros corazones sean sus tabernáculos, quiere identificarse con nuestra carne y nuestra sangre, y hacernos partícipes de la naturaleza divina; quiere que seamos uno con él, como él lo es con su Padre.

No hay lengua alguna bastante expresiva para contar esas maravillas. Un amigo, al morir, puede legar su corazon á un amigo como última prueba de amistad; y aún creo, aunque la historia nos ofrece de ello pocos ejemplos, que el heroísmo de la amistad puede llegar al punto, de que uno se sacrifique por otro; pero nunca he oido decir, que el pastor alimente á sus ovejas con su sangre. Y, sin embargo, Jesucristo ha realizado este sublime rasgo, dándonos su cuerpo y su sangre. El pan de la Eucaristía es el pan del sacerdote, su pan cotidiano, el pan de los reyes, el pan de los pobres, el pan de las vírgenes, el pan de los jóvenes, el pan de los ancianos, el pan de los